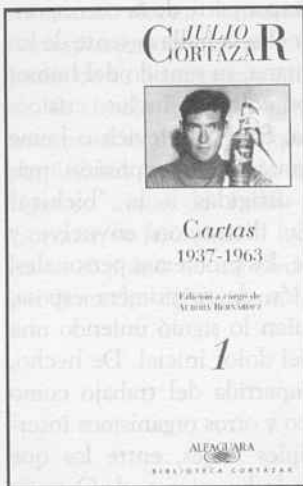


Cartas (1937-1963, 1964-1968, 1969-1983), 3 vols.

Madrid: Alfaguara, 2000

De cronopios y de famas

DEL MISMO MODO que con *Rayuela* (1963), los tres volúmenes de la correspondencia, prácticamente completa, de Julio Cortázar, editada por su primera esposa, Aurora Bernárdez, pueden leerse, como mínimo, de dos formas diferentes. Por un lado, linealmente, siguiendo, pacientes, página tras página y volumen tras volumen, lo que resulta difícil, no por la extensión del texto, sino por la ansiedad que genera ir avanzando para crearse la ilusión de acompañar al autor en su trayectoria literaria. Por otro, a saltos, eligiendo un destinatario, al azar o con total premeditación y alevosía, y ver poco a poco cómo evoluciona su relación con Cortázar a través de los años. Esta última modalidad, de hecho, es múltiple, claro está, porque puede intercambiarse repetidamente, una y otra vez. Por ejemplo, tras leer las cartas dirigidas a su editor, Francisco Porrúa, de Sudamericana (quizás de las más interesantes, por revelar tanto del Cortázar escritor y también amigo), puede pasarse a las enviadas a sus colegas cubanos desde principios de los sesenta y que fueron estrechándose con los años, a pesar de todos los pesares, a medida que crecía su implicación política, o se pueden revisar los vínculos que estableció con escritores argentinos de su generación, o con los del 'gratin' del llamado 'boom' (especialmente con Vargas Llosa, aunque políticamente fuera acercándose más y más a García Márquez), y así seguir hasta el final, casi indefinidamente.

De hecho, respecto a esta última opción, cabe decir que una recopilación de esta magnitud permite mostrar el intercambio cultural intercontinental que se produjo entre América Latina y Europa, más allá de las redes formales, como las conexiones editoriales, para hacer hincapié en las redes que podemos llamar informales, es decir, en las relaciones personales, un tanto azarosas, entre editores y escritores y, sobre todo, entre los propios autores hispanoamericanos, o incluso con colegas europeos (como sucede con la entrañable amistad que lo une a Italo Calvino), a través de encuentros más o menos fortuitos, en congresos o reuniones diversas. De este modo, se abren nuevas perspectivas para valorar desde otro punto de vista las relaciones entre los

narradores del llamado 'boom', al aproximarnos de una forma más directa a la amistad que, en muchos casos, se estableció entre ellos y que dieron lugar incluso a hablar de "la cueva de la mafia".¹ Esta correspondencia no se ocupa solamente, como es lógico, de temas personales, sino que revela también los apoyos, traducidos en recomendaciones directas a editoriales (como ocurre, excepcionalmente, con el inclasificable Néstor Sánchez), o los rechazos, en muchos casos absolutamente viscerales, a algunos de los escritores más conocidos del momento. De esta forma, se añade una nueva perspectiva a las visiones personales sobre el 'boom' ofrecidas por otros textos autobiográficos de los autores implicados, como Vargas Llosa y sus parciales memorias *El pez en el agua*, José Donoso y su *Historia personal del 'boom'*, o Bryce Echenique y su *Permiso para vivir (Antimemorias)*, entre otros.

No obstante, al margen de las relaciones entre escritores, quizás el aspecto que más destaque a lo largo del primer volumen sea la construcción paulatina de un Cortázar-personaje, que se extiende desde 1937 a 1963, desde su experiencia docente en Mendoza, truncada por su posición antiperonista, y una correspondencia tan cortés que linda a menudo en lo cursi, hasta su establecimiento en París y el pleno desarrollo de su actividad literaria. Respecto a este período, cabe señalar que ya había aparecido publicada con anterioridad parte de estas cartas: concretamente, las dirigidas a Mercedes Arias, colega de Cortázar en el Colegio Nacional de Bolívar, fechadas entre 1939 y 1945. Llama la atención que seis de las cartas recogidas en la edición de Mignon Domínguez, en *Cartas desconocidas de Julio Cortázar*,² no se encuentren en la de Alfaguara, aunque no se trate de textos que aporten mayor información sobre esta relación de amistad ni sobre la evolución del escritor. Más interesante, aunque algo reiterativo, resulta el estudio introductorio que acompaña a las cartas y que trata de vincularlas, como muestra embrionaria, a la trayectoria posterior del autor. Por otro lado, valen la pena las fotografías que muestran a un jovencísimo Cortázar y la reproducción de sus cartas, manuscritas, antes de convertirse a los ritmos jazzísticos de la máquina de escribir.

Volviendo a la edición completa de la correspondencia, puede decirse que no es hasta el segundo volumen que se siente respirar ya al Cortázar que intuimos a través de su obra, al escritor de *Rayuela*, tan divertido y ocurrente, tan cronopio, como fama, perfeccionista, preocupado exacerbadamente por el diseño de las portadas de sus libros hasta el más mínimo detalle -ayudado por su amigo el pintor Julio Silva y consentido por Francisco Porrúa- a la vez que obsesionado por la pureza de sus traducciones -gracias a Gregory Rabassa, en inglés, y Laure Bataillon, en francés, entre muchos otros-. Estos menesteres editoriales son los que ocupan la mayor parte de la correspondencia del autor. No por ello se halla ausente de los textos su parte más humana, su sentido del humor y su cariño hacia amigos, colegas e incluso críticos -como Graciela de Sola, Saúl Yurkievich o Jaime Alazraki-, que llega quizás a su expresión más tierna en las cartas dirigidas a la "bichita" Alejandra Pizarnik. Su discreción envuelve y difumina, especialmente, los problemas personales, como el de la separación de su primera esposa, Aurora Bernárdez, a quien lo siguió uniendo una gran amistad, a pesar del dolor inicial. De hecho, tras la experiencia compartida del trabajo como traductores en la Unesco y otros organismos internacionales y los múltiples viajes, entre los que destaca su estancia en la India, en casa de Octavio Paz y su segunda esposa, nada hacía augurar ese final a partir de la lectura de sus cartas, aun tras las referencias posteriores a una crisis de cuatro años.

Ese silencio en torno a lo más íntimo se ve todavía más marcado en el tercer volumen de la correspondencia. Junto a su compañera de entonces, su agente literaria, Ugné Karvelis, se le ve implicarse en una tarea cada vez más comprometida políticamente a raíz de sus relaciones con los intelectuales cubanos, como el factótum Roberto Fernández Retamar o el inmenso Lezama Lima, a quien lo une una amistad tan profunda como su admiración. Su actividad no se resiente siquiera en momentos difíciles, como los que se produjeron en torno al conocido caso Padilla, en el seno de la revista *Casa de las Américas*, a raíz de las tensiones con la ortodoxia castrista y el peligro de la emergencia de un estalinismo anacrónico en la isla, a principios de los setenta. Su implicación política se intensificará

en los últimos años, con acciones cada vez más directas contra las dictaduras latinoamericanas - contra Pinochet y Videla, obviamente- y ante la esperanza que encarna para el autor proyectos revolucionarios como el sandinismo.

Aunque algunas de estas cartas, sobre todo en el último volumen, no sean más que notas o acuses de recibo, en ningún momento nos dan, afortunadamente, una dimensión menor del escritor. No sucede en este caso como en la reciente publicación de las cartas de Juan Rulfo a su esposa, Clara Aparicio,³ en las que el prudente y respetuoso lector lamenta la intrusión en una correspondencia que no hubiera tenido que pasar jamás de su destinataria original o, como máximo, de su círculo familiar, ya que no aportan mayor información al público, que se asoma con rubor y perplejidad a los castos arrebatos amorosos del riguroso autor de *Pedro Páramo*. En cuanto a Cortázar, se le ahorra al lector este trance y otros, hasta el punto de agradecer las medidas tomadas por la madre del escritor, que adopta la iniciativa

de quemar parte de la correspondencia familiar, a ella dirigida. Sólo aparece la ingenuidad arrebolada en una carta a su segunda esposa, Carol Dunlop, a la que perderá poco después, con gran dignidad y en silencio, como abandonará el propio autor la escena con escasos meses de diferencia.

Dunia Gras Miravet

Notas

¹ Mario Benedetti, "Mafia, literatura y nacionalismo", en *El escritor latinoamericano y la revolución posible*, Latinoamericana de Ediciones, Buenos Aires, 1977, pp. 133-143.

² Mignon Domínguez, *Cartas desconocidas de Julio Cortázar (1939-1945)*, Editorial Sudamericana, Buenos Aires, 1992.

³ Juan Rulfo, *Aire de las colinas. Cartas a Clara*, Madrid, Debate, 2000.